



# PRÓLOGO

Durante varias semanas, Nova había estado recolectando jeringas del callejón que se encontraba detrás del apartamento. Sabía que sus padres se las quitarían si se enteraban, así que las ocultaba en una vieja caja de zapatos, junto con una colección de tornillos, amarres plásticos, cables de cobre, bolas de algodón y cualquier otra cosa que creyera que podría servirle para sus inventos. Tenía seis, casi siete años, y ya se había percatado de lo importante que era ser ingenioso y ahorrativo. Después de todo, no podía hacer una lista y enviar a su padre a la tienda para que le comprara materiales. Las jeringas le serían útiles. Lo supo desde el principio. Conectó un delgado cilindro de plástico a un extremo de una de las jeringas e introdujo el otro extremo del cilindro en un vaso con agua, que había llenado en el lavabo del baño. Levantó el émbolo y aspiró agua dentro del cilindro. Sacando la lengua por entre el espacio donde había perdido recientemente su primer diente, tomó una segunda jeringa y la colocó en el extremo opuesto del cilindro. Luego hurgó en su caja de herramientas, buscando un trozo de cable lo suficientemente largo

para asegurarlo al sistema de poleas que había construido encima de su casa de muñecas.

Le había llevado todo el día, pero por fin estaba lista para probarlo.

Acomodó algunos muebles de la casa de muñecas sobre la plataforma del elevador, levantó la jeringa y presionó el émbolo. El agua se deslizó a través del cilindro, empujando el segundo émbolo hacia arriba y poniendo en marcha una complicada serie de poleas.

El elevador subió.

Nova sonrió. Elevador hidráulico. Un éxito.


Un grito de la habitación contigua se entrometió en el momento, seguido por la voz arrulladora de su madre. Nova levantó la mirada a la puerta cerrada de su habitación. Evie estaba enferma de nuevo. Últimamente, parecía estar siempre con fiebre, y hacía días se habían acabado los remedios para darle. El tío Alec debía traer más, pero podían faltar horas para ello.

Cuando Nova oyó a su padre pidiéndole al tío Alec si podía encontrar un ibuprofeno de niños para la fiebre del bebé, pensó en pedirle también gomitas con sabor a fruta, como las que él le había regalado el año pasado para su cumpleaños, o tal vez un paquete de baterías recargables.

Podía hacer muchas cosas con baterías recargables.

Pero papá debió ver la intención fraguándose en los ojos de Nova y le dirigió una mirada que la hizo callar. Nova no supo bien por qué. El tío Alec siempre había sido bueno con ellos —traía comida, ropa y a veces, incluso, juguetes de su botín semanal—, pero sus padres nunca querían pedirle nada especial, por mucho que lo necesitaran. Cuando había algo específico, tenían que ir a los mercados y ofrecer un intercambio, en general, de cosas que fabricaba su padre.

La última vez que su padre había ido a los mercados, había regresado con una bolsa de pañales reutilizables para Evie y un corte desigual encima de la ceja. Fue su mamá quien lo suturó. Nova observó, fascinada



viendo que era exactamente como su madre había cosido la muñeca osa cuando se le abrieron las costuras.

Se volteó de nuevo hacia el sistema hidráulico. El elevador distaba un poco de estar nivelado con la segunda planta de la casa de muñecas. Si pudiera aumentar la capacidad de la jeringa o realizar algunos ajustes al sistema de palancas...

Pero del otro lado de la puerta, el llanto siguió y siguió. Ahora las tablas del suelo crujían mientras sus padres se turnaban para intentar consolar a Evie, yendo y viniendo por el apartamento.

Los vecinos comenzarían a quejarse pronto.

Suspirando, Nova apoyó la jeringa y se puso de pie.

En el salón, papá llevaba a Evie en brazos, balanceándola arriba y abajo, e intentando aplicarle un paño frío sobre la frente afiebrada, pero ella lloró aún más fuerte e intentó apartarlo a un lado. A través de la entrada de la diminuta cocina, Nova vio a su mamá hurgando en la alacena, mascullando acerca del jugo de manzana extraviado, aunque todos supieran que no había.

—¿Necesitas ayuda? —preguntó Nova.


Papá se volteó hacia ella, las señales de fatiga ensombrecían sus ojos. Evie gritó aún más fuerte cuando él dejó de mecerla dos segundos enteros.

—Lo siento, Nova —dijo, acunándola de nuevo—. No es justo que te pida que hagas esto... pero si solo pudiera dormir una o dos horas más... sería bueno que descansara, y para entonces Alec podría estar aquí.

—No me molesta —respondió, extendiendo los brazos para tomar a la beba—. Es fácil.

Papá frunció el ceño. A veces a Nova le parecía que no apreciaba su don, aunque no sabía por qué. Todo lo que conseguía siempre era tranquilizar el apartamento.

Papá se puso en cuclillas y acomodó a Evie en brazos de Nova, asegurándose de que la tomara con firmeza. Se estaba volviendo pesada, ya no



se parecía nada a la minúscula beba de siquiera un año atrás. Ahora era puro muslos regordetes y brazos que se sacudían. Sus padres no dejaban de decir que, en cualquier momento, comenzaría a caminar.

Nova se sentó sobre el colchón en el rincón de la habitación y pasó los dedos a través de los rizos suaves de Evie. La beba se encontraba presa de un ataque de llanto. Gruesas lágrimas le rodaban por las mejillas rollizas. Tanto ardía de fiebre que llevarla en brazos era como cargar un horno en miniatura.

Nova se hundió en las mantas y en las almohadas apiladas, y colocó el pulgar contra la mejilla de su hermana, quitándole una de las lágrimas calientes. Dejó que su poder la envolviera. Un pulso suave y ligero.

El llanto cesó.

Los ojos de Evie revolotearon, sus párpados se cerraron, y la boca se abrió con una O temblorosa.

Y así de fácil, quedó dormida.

Nova alzó la vista y vio los hombros de su papá hundiéndose de alivio. Mamá apareció en la entrada, sorprendida e intrigada hasta que percibió a Nova con la bebé acurrucada contra ella.

—Esto es lo que más me gusta —les susurró Nova—. Cuando es completamente suave, dulce y está... en *silencio*.

La expresión de mamá se serenó.

—Gracias, Nova. Tal vez, se sienta mejor cuando despierte.

—Y no tengamos que comenzar a buscar otro lugar para mudarnos —masculló papá—. Charlie ha echado a patadas a personas por mucho menos que el llanto de un bebé.

Mamá sacudió la cabeza.

—No correría el riesgo de enfadar a tu hermano así.

—No lo sé —papá frunció el ceño—. Ya no sé lo que cualquiera haría o no haría. Además... no quiero estar en deuda con Alec más de lo que ya estamos.

Mamá se retiró a la cocina para comenzar a guardar las latas y cajas que había dispersado sobre el linóleo, mientras que papá se dejó caer sobre una silla frente a la única mesa del apartamento. Nova lo observó masajearse la sien un instante. Luego cuadró los hombros y comenzó a ocuparse de un proyecto nuevo. No estaba segura de lo que estaba fabricando, pero le encantaba verlo trabajar. Su don era tanto más interesante que el suyo: el modo en que jalaba hilos de energía del aire, plegándolos y dándoles forma como si fueran filigranas de oro.

Era hermoso observarlo. Incluso, hipnotizante, ver las tiras resplandecientes saliendo de la nada, haciendo que el aire del apartamento zumbara y luego se aquietara y oscureciera, al tiempo que su padre dejaba que se endurecieran y se convirtieran en algo tangible y real.

—¿Qué estás haciendo, papá?

Él le echó un vistazo. Una sombra cruzó su rostro, incluso mientras esbozaba una sonrisa.

—Aún no estoy seguro —dijo, delineando con el dedo la delicada filigrana—. Algo... algo que espero que rectifique algunos de los grandes daños que provoqué a este mundo.

Entonces suspiró, un sonido cargado que provocó un surco profundo en el rostro de Nova. Sabía que había cosas de las que sus padres no le hablaban, cosas de las que habían intentado protegerla, y lo detestaba. A veces escuchaba a escondidas conversaciones entre ellos, palabras que intercambiaban durante las largas horas de la noche cuando creían que estaba dormida. Susurraban sobre edificios que se desplomaban y vecindades completas que se incendiaban hasta los cimientos. Murmuraban acerca de luchas de poder, del hecho de que no parecía quedar ningún lugar seguro y de la posibilidad de huir de la ciudad. Pero ahora la violencia parecía haber consumido todo el mundo. Además, ¿a dónde irían?

Solo una semana atrás, Nova había oído a su madre decir: “Nos destruirán si nadie los detiene...”.

Quiso preguntar acerca de ello, pero sabía que solo obtendría respuestas vagas y sonrisas tristes. Finalmente, le dirían que no era nada de lo que ella tuviera que preocuparse.

—¿Papá? —preguntó de nuevo, tras observarlo trabajar un rato—. ¿Vamos a estar bien?

Una descarga de energía cobriza chisporroteó y se desintegró en el aire. Su padre le dirigió una mirada de aflicción.

—Por supuesto, cariño. Vamos a estar bien.

—Entonces, ¿por qué pareces siempre tan preocupado?

Él apoyó su trabajo sobre la mesa y se inclinó hacia atrás sobre el asiento. Por un instante, a ella le pareció que él estaría a punto de llorar, pero luego parpadeó y la mirada se desvaneció.

—Escúchame, Nova —dijo, deslizándose de la silla e inclinándose en cuclillas delante de ella—: hay mucha gente peligrosa en este mundo. Pero también hay mucha gente buena. Gente valiente. Por difícil que se vuelva todo, tenemos que recordarlo. Siempre que haya héroes en este mundo, hay esperanza de que el futuro pueda ser mejor.

—Los Renegados —susurró ella; su voz, matizada por una inflexión de temor reverencial.

—Los Renegados —confirmó su padre, con un atisbo de sonrisa.

Nova presionó la mejilla contra los rizos suaves de Evie. Los Renegados parecían estar ayudando a todo el mundo últimamente. Uno persiguió a un ladrón que había intentado arrebatarle el bolso a la señora Ogilvie, y oyó que un grupo de Renegados irrumpió en uno de los depósitos de las bandas y se había llevado toda la comida a un hogar privado de niños.

—¿Y nos ayudarán? —preguntó—. Tal vez, la próxima vez podamos pedirles *a ellos* los medicamentos.

Su padre apartó la mirada y sacudió la cabeza.

—No necesitamos ese tipo de ayuda tanto como otras personas de la ciudad.



Nova frunció el ceño. No podía imaginar a nadie necesitando aquel tipo de ayuda más que ellos.

—Sin embargo —dijo su padre—, cuando los necesitemos, cuando *realmente* los necesitemos, vendrán, ¿sí? —tragó saliva. Sonaba más esperanzado que convencido al añadir—: Nos protegerán.

Nova no lo cuestionó. Eran superhéroes. Eran los buenos. Todo el mundo lo sabía.

Encontró los dedos regordetes de Evie y comenzó a contar cada nudillo mientras repasaba mentalmente todas las historias que había escuchado. Los Renegados, jalando al conductor de un camión de reparto que había volcado; los Renegados, deteniendo una pelea de armas de fuego en un distrito comercial cercano; los Renegados, rescatando a un niño que había caído en Harrow Bay.

Siempre estaban ayudando; siempre aparecían justo en el momento indicado. Aquello era su *ocupación*.

Tal vez, pensó mientras su padre volvía a su trabajo, tal vez solo estuvieran esperando el momento oportuno para aterrizar inesperadamente y ayudarlos también a ellos.

Su mirada se detuvo en las manos de su padre. Lo observó moldear, esculpir, jalar más hilos de energía del aire.


Los propios párpados de Nova comenzaron a cerrarse.

Hasta en sueños veía las manos de su padre, solo que ahora ellas arrancaban estrellas fugaces del cielo, ensartándolas como cuentas brillantes de oro...



Una puerta se cerró con fuerza.

Nova despertó con un sobresalto. Evie resopló y se volteó alejándose de ella. Somnolienta y desorientada, Nova se incorporó y se sacudió el brazo.



Se había dormido bajo la cabeza de Evie. Las sombras de la habitación habían cambiado. Se oían voces bajas en el corredor. Papá parecía tenso. Su mamá murmuraba *por favor, por favor...*

Apartó la manta que le habían puesto encima y la acomodó alrededor de Evie. Luego cruzó por delante de la mesa, donde posaba abandonado un delicado brazalete cobrizo, con un sitio vacío en la filigrana, a la espera de que fuera cubierto con una piedra preciosa.

Cuando llegó a la puerta de entrada, giró la perilla lo más lentamente posible, abriendo solo lo suficiente para escudriñar lo que sucedía en el corredor oscuro.

Un hombre estaba de pie en el rellano de la escalera: la barba incipiente le cubría el mentón, y tenía el cabello claro sujeto en una coleta delgada. Llevaba una gruesa chaqueta, aunque afuera no hacía frío.

Tenía una pistola en la mano.

Su mirada indiferente saltó brevemente a Nova, y ella retrocedió, pero su atención volvió a recaer en su padre como si ni siquiera la hubiera visto.

–Es un malentendido –dijo papá. Se había ubicado entre el hombre y la mamá de Nova–. Déjeme hablar con él. Estoy seguro de que puedo explicar...

–No hubo ningún malentendido –dijo el hombre. Su voz era baja y fría–. Usted ha traicionado su confianza, señor Artino. A él no le gusta eso.

–Por favor –dijo su mamá–. Las niñas están aquí. Por favor, tenga piedad.

El hombre inclinó la cabeza, desplazando la mirada entre uno y otro.

El estómago de Nova se puso rígido de temor.

–Déjeme hablar con él –repitió papá–. No hemos hecho nada. Soy leal, lo juro. Siempre lo he sido. Y mi familia... por favor, no le haga daño a mi familia.

Hubo un momento en que pareció que el hombre sonreiría, pero luego pasó.



–Tengo órdenes bastante claras. No me corresponde hacer preguntas...  
o tener piedad.

Su padre dio un paso atrás.

–Tala, busca a las niñas. Ve.

–David... –gimoteó su madre, moviéndose hacia la puerta.

Apenas hubo dado un paso, cuando el desconocido levantó el arma.

Un disparo.

Nova soltó un grito ahogado. Un chorro de sangre salió disparado hacia la puerta y trazó un gran arco; algunas gotas le salpicaron la frente. Se quedó mirando fijo, incapaz de moverse. Papá gritó y sujetó a su esposa. La volteó en sus brazos. Temblaba mientras mamá jadeaba y se asfixiaba.

–Ningún sobreviviente –dijo el hombre con su tono de voz apenas perceptible y monocorde–. Esas fueron mis órdenes, señor Artino. Usted es el único a quien culpar.

El padre de Nova alcanzó a verla del otro lado de la puerta. Los ojos de él se agrandaron, llenos de pánico.

–Nova, co...

Otro disparo.

Esta vez, Nova gritó. Su padre se desplomó sobre el cuerpo de su mamá, tan cerca que Nova hubiera podido extender la mano y tocar a ambos.

Volteó y entró a los tropiezos en el apartamento. Pasando la cocina, entrando a su habitación. Cerró la puerta con fuerza y abrió el armario de un tirón. Trepó encima de los libros, de las herramientas y cajas, esparcidos en el suelo. Jaló la puerta para encerrarse y se inclinó en cuclillas en un rincón, respirando con dificultad. La imagen de sus padres estaba grabada en sus pensamientos cada vez que cerraba los ojos. Se dio cuenta demasiado tarde de que debió intentar por la escalera de incendios. Demasiado tarde.

Se acordó demasiado tarde...

Evie.

Había dejado a Evie afuera.

Había dejado a *Evie*.

Un jadeo tembloroso se convirtió en un grito horrorizado, aunque intentó reprimirlo. Su mano buscó la puerta del armario. Intentó calcular a qué velocidad podía salir a la sala y regresar, si había posibilidades de arrebatar a la beba sin ser vista...

La puerta de entrada chirrió, y ella se paralizó.

Se llevó la mano de nuevo a la boca.

Era posible que no advirtiera a Evie. Era posible que ella siguiera durmiendo.

Oyó las pisadas lentas y pesadas.

Los tablones del suelo rechinaban.

Nova temblaba tanto que temía que el estrépito de sus huesos la delatará. También sabía que no importaría.

Era un apartamento pequeño, y no había ningún lugar adonde huir.

“Los Renegados vendrán”, susurró; su voz, apenas algo más que un soplo en la oscuridad. Las palabras aparecieron espontáneamente en su cabeza pero, de todos modos, estaban presentes. Algo sólido, algo a lo que aferrarse.

*Bang.*

*La sangre de su madre sobre la puerta.*

Gimoteó.

“Los Renegados vendrán...”.

Una verdad inspirada en cientos de noticias escuchadas por la radio. Una certeza, elaborada a partir del cotilleo de los vecinos.

Siempre venían.

*Bang.*

*El cuerpo de su padre que se derrumba en el corredor.*

Nova cerró los ojos con fuerza mientras lágrimas calientes rodaban por sus mejillas.



“Los Renegados... los Renegados vendrán”.

El llanto agudo de Evie comenzó a oírse en la sala.

Nova abrió los ojos bruscamente. Un sollozo le raspó el interior de la garganta, y ya no pudo pronunciar las palabras en voz alta.

*Por favor, por favor, que vengan...*

Un tercer disparo.

El aire quedó atrapado en los pulmones de Nova.

Su mundo se detuvo. Su mente quedó en blanco.

Se hundió contra el desorden del fondo del armario.

Evie había dejado de llorar.

Evie se había detenido.

A la distancia oyó al hombre recorriendo el apartamento, abriendo los armarios de la cocina y mirando detrás de las puertas. Lento. Metódico.

Para cuando la encontró, Nova había dejado de temblar. Ya no sentía nada. No podía pensar. Las palabras seguían resonando en su cabeza, habían perdido todo sentido.

*Los Renegados... Los Renegados vendrán...*

Iluminada por la luz descarnada de su habitación, Nova levantó los ojos. El hombre estaba de pie encima de ella. Tenía sangre en la camisa. Más tarde, ella recordaría que no hubo arrepentimiento, ni excusas, ni remordimiento.

Nada en absoluto al levantar el arma.

El metal presionó su frente, el mismo lugar donde la sangre de su madre se había enfriado.

Nova levantó la mano y tomó la muñeca del hombre, descargando sus poderes con más fuerza de la que nunca había ejercido.

La mandíbula del hombre se aflojó. Sus ojos se apagaron y rodaron hacia atrás, desapareciendo dentro de la cabeza. Cayó de espaldas, aterrizó en el suelo de su habitación con un golpe resonante, aplastando la casa de muñecas bajo su peso. El edificio entero pareció sacudirse por su caída.



Segundos después, una respiración profunda y tranquila llenó el apartamento.

Los pulmones de Nova se volvieron a contraer. El aire pasó por su garganta con un temblor. Adentro. Y afuera.

Se obligó a ponerse de pie y a secarse las lágrimas y los mocos del rostro.

Levantó la pistola, aunque la sentía incómoda y pesada en la mano, y deslizó el dedo sobre el gatillo.

Se acercó un paso más, aferrando el marco de la puerta mientras salía del santuario del armario. No estaba segura de a dónde debía apuntar. Su cabeza, su pecho, su estómago.

Decidió que lo haría a su corazón. Tan cerca estaba que sentía el roce de su camisa contra los dedos desnudos de los pies.

*Bang. Su madre estaba muerta.*

*Bang. Su padre.*

*Bang. Evie...*

Los Renegados no habían venido.

No vendrían jamás.

“Oprime el gatillo”, susurró a la habitación vacía. “Oprime el gatillo, Nova”.

Pero no lo hizo.

No podía hacerlo.

Minutos, tal vez horas después, la halló su tío. Ella seguía de pie junto a la figura del desconocido que dormía, ordenándose a sí misma presionar el gatillo. Oyendo aquellos disparos una y otra vez cada vez que se atrevía a cerrar los ojos.

—¿Nova? —una bolsa de plástico cayó al suelo, con un envase de plástico, de medicina adentro. Nova se sobresaltó y se volteó apuntándole el arma.

El tío Alec ni se inmutó al inclinarse en cuclillas delante de ella. Estaba vestido como siempre: el uniforme negro y dorado; sus ojos oscuros, apenas visibles a través del casco cobrizo que encubría casi todo su rostro.

—Nova... Tus padres... Tu hermana... —bajó la mirada y observó el revólver. Nova no se resistió cuando él lo tomó de entre sus manos. Luego la atención del tío Alec se volvió hacia el hombre—. Siempre creí que podías ser una de nosotros, pero tu padre no me decía lo que podías hacer...

Su mirada volvió a encontrarse con la de Nova. Lástima y, tal vez, admiración.

Al ver cómo la miraba, Nova se derrumbó, arrojándose en sus brazos.

—Tío Alec —sollozó contra su pecho—. Él les disparó... él... él mató...

El tío Alec la levantó en brazos y la acunó contra el pecho.

—Lo sé —murmuró contra su cabello—. Lo sé, criatura dulce y peligrosa. Pero ahora estás a salvo. Yo te protegeré.

Apenas lo oyó por encima del alboroto de su cabeza. El tumulto que oprimía el interior de su cráneo. *Bang, bang, bang.*

—Pero ya no puedes llamarme *Alec*, no allá fuera, ¿entiendes, mi pequeña pesadilla? —le alisó el cabello. La empuñadura del revólver golpeó contra su oreja—. Para el resto del mundo, soy Ace. ¿Entiendes? El tío Ace.

Pero Nova no estaba escuchando. Y tal vez, él lo supiera.

En medio del llanto, la estrujó con fuerza, apuntó el revólver hacia el hombre que dormía y disparó.